de las antologías, no ya colombianas, sino españolas. El maestro Arciniegas, como le llamaron siempre sus muchos amigos y admiradores, fué en los comienzos de su carrera literaria un poeta de inspiración becqueriana, delicado, romántico y exquisitamente sentimental, y a veces amigo de los temas exóticos... Entrado en madurez, después de haber estado en contacto con las letras universales y de haber pasado algunos años fuera de su patria, el maestro volvió los ojos al paisaje y a la historia colombianos, aquilató los materiales expresivos de su arte, logró un perfecto dominio de todos sus recursos, y logró crear obras que, si no revelan soberana inspiración, encarnan sí alto valor literario, permanente y admirable.

CARLOS GARCÍA-PRADA,
University of Washington.

Nuevo descubrimiento de Guayaquil, ANGEL ROMEO CASTILLO.—Quito, Editorial Atahualpa, 1938. 73 pp.

El "primer romancero guayaquileño", de Angel Romeo Castillo, contiene sólo quince romances, de corte clásico: quince urnas preciosas bien talladas, llenas de inefable esencia poética... Un aroma gratísimo, de recóndita y aquilatada nostalgia, en ellas se percibe: se diría que el poeta, que "nació con destino marinero" y conoce como pocos "el lenguaje de pañuelos—agitándose en los muelles—sacudiendo el aire, trémulos", logró en largas ausencias de la patria purificar y ennoblecer su amor por ella, para vestirlo luego en formas poemáticas de rancia estirpe y de novísimo colorido. En sus romances hay dejos ancestrales —españolísimos—, y también pinceladas garcialorcanas suavizadas por la ternura indígena...

Romeo Castillo, muy joven todavía, salió un día de su Guayaquil nativo y se dirigió a la Capital de las Españas en busca de materiales inéditos para escribir —como escribió— su famoso documento historiográfico *Los gobernadores del Guayaquil del siglo XVIII*. Mucho tiempo pasó en los archivos de Madrid, siguiendo "en códices amarillos y pergaminos añejos" las huellas de sus antepasados peninsulares y las de su querida ciudad, hasta lograr "descubrirla" ciertamente, "una tarde entre penumbras—de ausencias y de recuerdos". El descubrimiento lo dejó como dormido de evocación y respeto, hasta que "una ternura prensada—quién sabe por cuánto tiempo—¡quién sabe por cuántos siglos!" se le desbordó de adentro, humedeciéndole las pupilas e inundándolo de suavidad:

"(Nunca sobre Guayaquil—cayó tan dulce aguacero!)"

Y así, el cronista Romeo Castillo ensayó sus primeros versos, que ha dedicado a los aljibes del Cerro de Guayaquil; a la isleta ratona de frente Durán; al callado corredor oscuro detrás de la Rotonda; al "padrecito Olmedo, confinado en efígie a un árido e irrespetuoso territorio de cascajo", y a "un Guayaquil habitado sólo por negros vendedores de piñas y serranos pregoneros de naranjillas".

Patrióticos unos, galantes otros, o sencillamente descriptivos y narrativos —tradiciones locales y consejas antañonas— los romances de Romeo Castillo son todos originales y exquisitos, y eminentemente populares; la ternura y la *saudade*, en sus más íntimos y puros atributos, son en ellos esenciales; y lo mismo su fragmentarismo, y su movimiento rápido, seguro, libre y dramático. En ellos se continúa la más castiza tradición poética española, y se ve reverdecer, en tierras del Guayas, el árbol milenario de la raza:

Guayaquil tiene una torre
y la torre una campana
y la campana una voz
que me resuena en el alma.

.....
Guayaquil tiene una calle
la calle tiene una casa
y la casa mi niñez
y un par de cabezas canas.
Un parque en que yo jugué
y en su mitad, inculcada,
una estatua de Bolívar
que parece una medalla.
(¡Prendédmela aquí en el pecho
con un alfiler de plata!)

Guayaquil te tiene a ti
como en brazos de una hamaca.
Guayaquil te tiene a ti
y contigo mi esperanza.

Así dice el joven poeta, y nosotros comentaremos: Guayaquil tiene quien diga de sus nostalgias, y sus penas, y sus alegrías, y sus recuerdos sagrados, y tiene en Romeo Castillo quien lo diga en lenguaje sencillo y puro que mécese en el ritmo inmortal de los romances.

CARLOS GARCÍA-PRADA,
University of Washington.